

“La bella dispersione”, o cómo fabricar un estallido

Paola Galano¹

La bella dispersione, de Guillermo Yanícola

Dirección: Guillermo Yanícola

Elenco: Verónica Borrajo, Gisela Cerro, Luna Milena Córdoba, Roberto De Large, Soledad Del Río, María Laura Dupor, Nina Pauluzzi, Nildus, Fausto Ruizdiaz, Guillermo Yanícola.

Estreno: 2016, Espacio Casa (Ayacucho 4287, MdP).

Un estallido múltiple, o al menos en varias direcciones. Allí está la bella “La bella dispersione” para recordarnos que el teatro mantiene todavía el poder subversivo de hacer estallar convenciones. La del lenguaje, la del escenario, la de la profundidad de los textos dramáticos (o al menos la pretensión de profundidad a la que se someten los escritores de obras teatrales).

Y allí está también Guillermo Yanícola, convertido en personaje y protagonista, desdoblado, multiplicado en varios “yoes” y, al mismo tiempo, convertido en el dramaturgo, en uno de los actores y en el director de esta pieza.

La propuesta apunta a que el espectador conozca el caos que habita en la cabeza del dramaturgo. Ese camino polvoriento, sinuoso, descabellado y chispeante por las sinapsis que hace este Yanícola personaje al momento de dar vida a un texto dramático. Las dudas, los miedos, la madre, el padre, las películas, los libros, las musas, las músicas que

componen su enciclopedia... todo habita en “La bella dispersione”.



El lenguaje. ¿Por qué dejarse sojuzgar por el castellano? ¿Por qué no elevar el juego teatral a su máxima expresión e inventar un “perfecto italiano falso”?, tal como él mismo llama al idioma con el que se cuenta esta historia y que mantiene en otras piezas de su autoría. Ese italiano conocido por todos, porque de Italia viene su apellido, su sangre; de Italia vienen sus amores estéticos como el gran Federico Fellini, de Italia entonces surge ese cocoliche con el que hablan los personajes. Una suerte de “italoñol” que suaviza los parlamentos y acentúa el humor.

¹ Periodista. Actualmente trabaja en el diario La Capital. Contacto: paolagalano@hotmail.com

El escenario. “Les cobramos al finalizar la obra”, anuncia el Yanícola boletero, el real, ni bien cierra con llave la puerta de su propia casa. Los casi veinte espectadores están sentados en círculo alrededor del living de su chalecito marplatense del barrio La Perla. Acto seguido, “da sala”.

Y entran los actores en la escena uno y la que mira no deja de sentir que la información es mucha, que las manchas de humedad de su pared y su biblioteca y sus libros y sus fotos y las sábanas colgadas en su patio son la mejor escenografía del mundo y casi cobran vida como personajes. Y que hasta las tres botellas de vino vacías que esperan ser llevadas por el recolector de basura en la vereda de su casa hablan tanto del ficticio Yanícola como del real, ése que decidió montar la obra en su hogar, en un acto que una entiende como la desnudez metafórica más grande de la que tenga recuerdo. Y entonces se entiende por qué siempre, pero siempre, se negó a la comodidad del puesto de cajero del Banco Edificadora, la máxima aspiración de su madre. Porque éste que se desdobra no puede con el genio y necesita de los riesgos. Y el riesgo lo traslada al espectador. Ojo con creer que el Yanícola personaje, el divertido, es igual al boletero, al que da sala y produce la obra. La timidez de la persona real contrasta con el disparate de su yo histriónico.

Ya cuando abre la puerta de calle para que los espectadores regresen a sus casas, todo está como entonces: cobra, anota a quién le cobra las entradas mientras los espectadores agradecen y saludan y entienden que todo fue un juego divertido. Que el personaje es el

personaje y que el real es el real. Su expresión lo afirma.



La solemnidad. “Es solo un divertimento”, dice una y otra vez uno de los Yanícolos. “Que la obra no sea tan trágica como la vida”, dicen otros personajes. Es que el drama está en lo que pasa afuera, no en lo que pasa adentro. Adentro de esa casa, esa noche, se cumple el rito de la vanguardia eterna que puede ser más profunda que cualquier drama.

El despilfarro de imágenes y el absurdo dan cuenta de que el arte no representa a la vida, sino que crea una vida paralela con reglas propias que dura lo que dura la pieza. Y que lo verdaderamente serio pasa en otro lado, cuando Yanícola vuelve a ser persona y los espectadores vuelven transformados

a seguir lidiando con sus vidas de siempre, en la ciudad gris de siempre.

